

vuestros sentimientos; Jesucristo ha muerto por todos, como es sabido, y todos han recibido la gracia. Si no tenéis la contrición, tenéis la atrición; y si la atrición os falta, tenéis vuestras propias fuerzas y las mías., ¡Qué buenos padres! No se les ha hecho justicia: querían salvar á todo el mundo; y ¿es culpa suya si han tenido que recurrir á mil estratagemas para conciliar la razón y la justicia con una teología tan irracional como bárbara? Voltaire trata á los dogmas cristianos de impertinencias y de simplezas. Un jansenista, hablando á los Chinos después del jesuita, nos dirá si Voltaire tiene ó no razón.

Los jansenistas son los fieles discípulos de San Agustín, y el gran doctor ha recibido la aprobación de los papas. En vano se le querría rechazar actualmente, haciendo pasar á los jansenistas por calvinistas disfrazados; es una mentira más añadida á tantas otras que los defensores de la Iglesia han fraguado por la necesidad de la defensa. Oigamos al jansenista de Voltaire, el cual enseña la verdadera tradición: "No, Jesús no ha muerto más que por muchos; la atrición es una necesidad; las fuerzas de los Chinos son nulas y vuestras oraciones son blasfemias., ¡Qué amable religión! Y ¡qué á propósito para convertir al mundo! Se comienza por decir á los Chinos que están condenados y predestinados á arder eternamente en el infierno todos sus antepasados sin excepción y un noventa por ciento de ellos y de su posteridad. Después de eso, ¡no dejarán de creer en el Dios de amor!

El quákero que después se presenta en la escena tiene razón de tratar de tigre al jansenista; y cuando se limita á llamar raposas á los jesuitas, no tienen de qué quejarse los padres. El quákero pretende que los Chinos pueden prescindir del bautismo que los católicos les quieren administrar. "Así es como nosotros procedemos, dice; lo único necesario es estar animados del Espíritu; esperadle, que él vendrá, y sabréis más al morir que cuanto pudieran enseñaros en su vida esos charlatanes., Hé ahí por lo menos un teólogo fácil de contentar. Pero llueven sobre él injurias. Un anglicano le trata de monstruo: "¿No sabéis, dice, mis amadas ovejas, que la Iglesia anglicana es la única que posee la verdad? ¿No os lo han dicho nuestros capellanes que han venido á beber ponche á Cantón?," "No los creáis, dice el jesuita; los anglicanos son desertores; han renunciado á nuestro papa, que es

el único infalible.,—"Vuestro papa es un asno, grita un protestante, Lutero es quien lo ha dicho. Mis queridos Chinos, burlaos del papa, y de los anglicanos, y de los molinistas, y de los jansenistas, y de los quákeros, y no creáis más que á los luteranos: pronunciad solamente estas palabras: *in, cum, sub,* y bebed de lo caro., Voltaire hace intervenir á un puritano y á un judío en el diálogo; pero creemos que el lector está ya bastante edificado, y que participa de la opinión de los Chinos, que, después de haber oído á todos aquellos misioneros, exclaman: "¡Por vida de Confucio! todas estas gentes han perdido la razón; señor conserje de los manicomios de la China, encerrad en su respectivo aposento á cada uno de esos pobres locos., (1).

VI

Ahora se comprenderá la apasionada guerra que Voltaire hizo al cristianismo. Y si nos despojamos de nuestras preocupaciones infantiles, no podremos menos de aplaudir á dos manos. Revelación, milagros, misterios, pecado original, redención, mediación, gracia, predestinación, condenación, infierno, gloria, todas esas cosas sagradas son invenciones humanas. Ciertamente es que ha habido hombres de buena fe entre los que imaginaron ese cúmulo de absurdos; pero no es menos cierto que también ha habido impostores y malvados que las han explotado para saciar su ambición ó su codicia. Para condenar á la Iglesia bastarían los innumerables fraudes de que se ha valido y de que se ha utilizado. Y de todo ello, ¿qué ha sacado la humanidad? Lo que estamos viendo: superstición, estupidez, esclavitud de la razón, despotismo sobre la inteligencia. Saludemos con aclamaciones á Voltaire, el gran libertador, el cual se propuso destruir la obra secular del error y de la mentira. Las fuerzas reunidas de todos los libres pensadores bastan apenas para llevar á cabo tan gigantesca empresa; pero Voltaire se pone á la cabeza y los anima al combate. Escribe á Helvetius: "Vuestro cobarde Fontenelle no vivía más que para sí: vivid para vosotros y para los demás. Aquél no pensaba más que demostrar su genio:

(1) *Galimatias dramatiques (Diálogos, Œuvres, t. xxxii, página 79-82.*

emplead el vuestro en ilustrar al género humano., (1). D'Alembert publicó en 1765 un folleto sobre la *Destrucción de los jesuitas*. Esa palabra *destrucción* tiene para Voltaire el mismo encanto que el orden y la armonía tendrían para nosotros: "Destruid, le dice, destruid todo lo que podáis, mi querido filósofo, de ese modo serviréis al Estado y á la filosofía., (2). Aplauda el éxito de los demoleedores, y contempla con gozo las ruinas que amontonan á su alrededor. "Bendigamos la feliz revolución, les dice, que se ha verificado en el ánimo de todas las personas decentes desde quince ó veinte años á esta parte y que *ha sobrepujado todas nuestras esperanzas.*, (3). Cuanto más avanza en edad crece más su ardor; á los ochenta años escribe al duque de Richelieu: "Tengo tanto gusto en decir verdades, que lo que en otros es temor, en mí es pasión por decirlas. Mi alma se ha fortalecido á medida que se ha debilitado mi pobre cuerpo., (4). Voltaire no es un escritor, es un apóstol. Condorcet escribe á Turgot: "Voltaire trabaja mneos por su gloria que por su causa; no hay que apreciarle como filósofo, sino como apóstol., (5).

¡Extraño apóstol! dicen los defensores de la Iglesia, que viene á destruir lo que los discípulos de Jesucristo han edificado. Si, viene á destruir; pero ¿qué? ¿Es acaso el cristianismo del Evangelio? No, es el cristianismo tradicional; quiere que la religión del pasado se transforme y llegue á ser la religión de la humanidad y de la caridad, en vez de ser la religión de la inhumanidad y de la intolerancia. Voltaire escribe á d'Alembert: *Los filósofos no destruirán seguramente el cristianismo; pero la religión llegará á ser menos bárbara y la sociedad más dulce* (6). Escribe á Helvetius: "De doce años á esta parte se ha hecho una revolución en los ánimos harto sensible... Yo sé que no se destruirá la jerarquía establecida, puesto que es necesario que haya una para el pueblo; no se suprimirá la secta dominante, pero con seguridad se la hará menos dominante y menos peligrosa. *El cristianismo será más razonable, y, por consecuencia, menos perseguidor.*, (7). Hé ahí á Voltaire de acuer-

do con Locke, filósofo sinceramente cristiano, de modo que no es la esencia del cristianismo la que él combate, sino una religión que, si Jesucristo hubiese vuelto á la tierra, habría rechazado con horror. Voltaire ha sido profeta; el cristianismo se ha hecho menos perseguidor y se ha modificado, á despecho de las pretensiones de una Iglesia ambiciosa é intolerante. Hace cien años que Voltaire escribió las palabras que acabamos de copiar, y hoy nuestras esperanzas sobrepujan á las del gran demoleedor; nosotros no creemos ya en la eternidad de la jerarquía, y tenemos la seguridad de que la Iglesia perecerá, á menos de que se transforme.

Si nuestras esperanzas van tan allá, es porque la revolución ha cambiado profundamente el espíritu de la filosofía; de aristocrática que ésta era, ha llegado á ser democrática. Ese es el único cargo que tenemos que hacer á Voltaire, el cual había nacido aristócrata, como todos los grandes genios, y vivía en un siglo completamente aristocrático, á pesar de sus aspiraciones á la libertad y á la igualdad. Así es que no nos explicamos esa humillante idea de que la filosofía no es propia más que de las *personas decentes*, y que la superstición es buena para la *canalla* (1). ¿Cómo no veía Voltaire que su fin se hubiera frustrado si tan sólo se ilustrasen aquellos á quienes llama *personas decentes ó gentes del gran mundo*? La inmensa mayoría de los hombres hubiesen quedado esclavos de la superstición, y serían, por consiguiente, instrumentos peligrosos en manos de una Iglesia intolerante. Y ¿no era eso perpetuar la dominación de la *infame* que él quería *aplantar*? No se acierta á explicar esa especie de decaimiento del osado demoleedor sino que sea por el poder que ejerce sobre los más grandes talentos el hecho universal. Aristóteles creía que la esclavitud duraría siempre, porque veía á tantos

(1) A los pasajes que más arriba hemos citado añadiremos algunos otros que son más característicos.—Voltaire escribe á d'Alembert: "No se necesitan más que cinco ó seis filósofos que se entienan para derribar el coloso. Se trata de sustraer á los padres de familia de la tiranía de los impostores y de inspirarles el espíritu de tolerancia." (*Carta de 6 de Diciembre de 1757, t. LXII, p. 4.* "Yo lo perdono todo con tal que la infame sea desacreditada como se necesita entre las personas decentes, y quede entregada á los lacayos y á las criadas, como es de razón." (*Carta de 9 de Enero de 1765, t. LXII, p. 31.*)—Voltaire escribe á Helvetius: "Nosotros no nos cuidamos de que nuestros trabajos y nuestras obras sean ilustrados; lo que queremos es que las personas de buena sociedad lo sean, y lo serán: es el único medio de suavizar las costumbres que la superstición hace siempre atreosas." (*Carta de 13 de Agosto de 1762, t. LI, página 479.*

(1) *Carta de 26 de Junio de 1765 (Œuvres, t. LIII, p. 132).*

(2) *Carta de 5 de Febrero de 1765 (Œuvres, t. LXII, p. 325).*

(3) *Carta á d'Alembert, de 4 de Junio de 1767 (t. LXV, p. 418).*

(4) *Carta de 3 de Junio de 1771 (t. LV, p. 522).*

(5) *Carta de 18 de Junio de 1770 (CONDORCET, Œuvres, t. I,*

página 168, edic. Arago).

(6) *Carta de 13 de Febrero de 1764 (Œuvres, t. LXII, p. 269).*

(7) *Carta de 26 de Junio de 1765 (t. LIII, p. 131).*

hombres hechos para ser esclavos. Voltaire deseara de ilustrar á las masas al ver cuán grande es la necedad humana. Todavía en el siglo XIX hay motivo para aterrarse; y sin la firme convicción en el progreso y en el auxilio de Dios, también nosotros desesperaríamos como Voltaire. Si nuestras esperanzas son más grandes, debido es á la inmortal revolución que ha ensanchado nuestros corazones y engrandecido nuestras ideas; si, la revolución es la obra del siglo XVIII, siglo que entrañaba las más nobles aspiraciones. El émulo de Voltaire representaba brillantemente el espíritu democrático, y estas tendencias penetraron hasta en la aristocracia. Por más aristócrata que fuese el mismo Voltaire, no cerró su alma á los sentimientos nuevos; hay una página deliciosa en sus *Chisettes (Facéties)*: si la forma merece ese título, quizá el fondo es de lo más serio y más profundo que Voltaire ha escrito: es una *Epístola dirigida desde Constantinopla á los cofrades* (1):

“Bien sabemos que nuestros enemigos vieniendociendo hace siglos que es preciso engañar al pueblo; pero nosotros creemos que el más bajo pueblo es capaz de conocer la verdad. ¿Por qué los mismos hombres á quienes no se les puede hacer creer que un cequí vale dos habían de creer que el Dios Samonocodón destruyó un bosque entero jugando á la birlocha?”

“¿Sería tan difícil acostumbrar á los bajás y á los carboneros, á los sultanes y á los leñadores, que son igualmente hombres, á que se contentasen con creer en un Dios infinito, eterno, justo, misericordioso, que recompensa con largueza el mérito y que castiga el vicio con severidad, pero sin cólera y sin tiranía?”

“¿Cuál es el hombre cuya razón pueda sublevarse porque se le recomiende la adoración del Ser Supremo, el amor al prójimo y el deseo de justicia?”

“¿Acaso se fomentará más la virtud y será uno mejor padre, mejor hijo ó mejor ciudadano cuando los hombres se degüellen por saber si la Madre de Dios parió por la oreja ó por la nariz?”

“Entre los pueblos del Thibet se reparten como reliquias pedazos del sillico del dalaï-lama, que se engarzan en marfil y que llevan pendientes del cuello las santas mujeres: ¿acaso no se podrían

(1) *Facéties* (Œuvres, t. xli, p. 258).

hacer agradables á Dios con una vida pura y sin necesidad de aquellos extraños adornos, que, después de todo, nada tienen que ver con la moral?”

Hé ahí palabras dignas de un libertador de la humanidad. Nada más depresivo para la especie humana que la división de hombres en *canalla* y *personas decentes*, destinados los unos á revolcarse eternamente en la ignorancia y en la superstición y viviendo los otros la vida del pensamiento, mientras que dejan á las clases inferiores entregadas á creencias que ellos desprecian. Ese sería el reinado de la hipocresía unida á la estupez. ¡Y había de ser ese el ideal del porvenir! Grande es, sin duda, la necedad humana; pero ¿por qué? Porque hay una corporación poderosa que tiene interés en cultivarla y perpetuarla. Anulemos la influencia de la Iglesia, y nada estorbará ya el que la luz esparza sus bienhechores rayos por todas las capas de la sociedad. Para inocular la superstición en el espíritu humano hay que comenzar por viciarle, falsearle y cegarle: ábridle los ojos de la razón que Dios le ha dado, y le será más fácil ver la verdad que el error.

VII

Hemos preguntado cuál es la *infame* que Voltaire quería *aplastar*, y él mismo nos ha respondido que es la religión que predica la intolerancia, que sirve de instrumento de dominación y tiene por objeto la tiranía intelectual, la religión que se apoya en las supersticiones y en la ignorancia. Los protestantes dicen que ese no es el verdadero cristianismo; ese es un cristianismo alterado y falsificado por la impostura sacerdotal, y por eso los más creyentes aplauden la guerra que Voltaire hizo á la *infame*. Y ¿qué digo? Los católicos mismos desearían rechazar la sangrienta herencia de la Inquisición y de la superstición; pero en vano alteran para ello los hechos: los hechos subsisten y atestiguan que una religión que cree poseer la verdad absoluta, divinamente revelada, es por necesidad intolerante; en tal concepto, hacer la guerra á la intolerancia es atacar la revelación, porque no se puede destruir la una sin acabar con la otra. Y hé ahí la causa por la que los hombres del pasado persiguen con sus maldiciones al gran escritor que consagró toda su vida á luchar contra la intolerancia más bien que contra la religión de Jesucristo.

Verdad es que en el siglo XVIII había espíritus apasionados que, en su odio ciego contra un pasado que querían destruir, dirigían sus ataques al mismo Jesucristo y á su moral. ¿Quién les combatió? ¿Quién tomó la defensa del Cristo y de la moral evangélica? Voltaire. Hé ahí un nuevo papel que desempeñó el gran crítico y que pocas personas están dispuestas á reconocerle. Y es que una opinión tradicional, en lo bueno como en lo malo, se forma muy fácilmente y todo el mundo la acepta; para comprobarla sería necesario leer; y ¿quién tiene tiempo de leer en nuestro siglo atareado y preocupado? Bien podría hacerse en rigor una excepción á favor de Voltaire, que no vale menos que un folletín ó una novela. Nosotros hemos tenido el placer de leerle y releerle, y ha sido para nosotros una deliciosa sorpresa el encontrar en el ilustre incrédulo tanta equidad y tanto buen juicio, cuando nada era más fácil en medio del ardor de la pelea que el dejarse arrastrar por la pasión.

La Iglesia no encontró un solo defensor digno de luchar con Voltaire; no encontró más que folletistas mercenarios que comprometieron su causa á fuerza de embustes y calumnias. Uno de esos folletarios se atrevió á decir que había leído en el *Diccionario filosófico* este pasaje abominable: “*Jesucristo ha sido el más hábil charlatán y el mayor impostor que ha existido desde el origen del mundo.*” Naturalmente se inclina uno á creer, dice Voltaire, que un hombre que cita con confianza una frase tan horrible no la ha inventado: cuanto mayor es la atrocidad, menos se puede imaginar que sea una ficción; se cree verdadera la cita precisamente porque es abominable. Y, sin embargo, no hay ni una palabra ni sombra de semejante idea en el *Diccionario filosófico*... Es necesario haber perdido completamente el pudor ó la razón para tratar á Jesucristo de charlatán y de impostor, al que vivió siempre en la humilde oscuridad, al que jamás escribió una sola línea, mientras que modestos doctores, bien poco doctos, nos regalan grandes volúmenes sobre cuestiones de que jamás habló Jesús. Él, que se sometió desde su nacimiento hasta su muerte á la religión en la que había nacido, que recomendó todas las prácticas, que no predicó nunca más que el amor á Dios y al prójimo, que no habló nunca de Dios sino como de un padre, según la costumbre de los Judíos, y que, lejos de darse el título de Dios, dijo al morir: *Voy á mi Pa-*

dre que es vuestro Padre, á mi Dios que es vuestro Dios: á Jesús cuyo santo celo condenó con vehemencia la hipocresía y la furia de los charlatanes que, con la esperanza de obtener un beneficio, no repararían en echar mano del puñal ó del veneno, (1).

La apología no será del gusto de los modernos charlatanes; tanto peor para ellos; no es esa sola la opinión de Voltaire, es la de todos los sinceros cristianos; los unitarios hablan de la persona de Jesucristo lo mismo que el filósofo del siglo XVIII. Pero eso importa poco; por el momento presentaremos á Voltaire en sus relaciones con los enemigos fogosos y ciegos del cristianismo; vamos á oír al mismo que escribe en todas sus cartas *aplastad la infame* combatiendo á los libres pensadores que llevaban la libertad de escribir hasta la licencia y hasta el desprecio de la verdad. Para formarse una idea del papel que representaba Voltaire en medio de las pasiones anticristianas de su tiempo, hay que oír á un adversario exagerado del Cristo. Oigamos, pues, al *Militar filósofo*, uno de esos innumerables libelos que anónimos escritores lanzaban contra el cristianismo:

“Hé aquí, después de muchas reflexiones, el juicio que yo formo de la religión cristiana: la encuentro absurda, extravagante, injuriosa á Dios, pernicioso á los hombres, facilitando y hasta autorizando las rapiñas, las seducciones, la ambición y el interés de sus ministros; la considero como una fuente inagotable de muertes, crímenes y atrocidades cometidas en su nombre, y me parece una tea de discordia, de odio, de venganza, y una máscara con que se cubre la hipocresía para engañar más hábilmente á los crédulos de quienes reporta utilidad; en fin, veo en ella el escudo de la tiranía contra los pueblos á quienes oprime y la vara de los buenos príncipes cuando no son supersticiosos. Con esa idea de vuestra religión, á más del derecho de abandonarla, estoy en la obligación más estrecha de apartarme de ella y aborrecerla, de compadecer ó de despreciar á los que la predicán, y de entregar á la execración pública á los que la sostienen con sus violencias y sus persecuciones.”

Hé ahí lo que se decía y lo que se imprimía en el siglo XVIII contra el cristianismo. Y ¿qué pen-

(1) *Le Pyrrhonisme de l'histoire*, c. xviii (Œuvres, t. xxiv, páginas 220-222).

saba de ello Voltaire? "Ese trozo, dice, es una inyectiva sangrienta contra los abusos de la religión cristiana, tal como ha sido practicada hace muchos siglos, pero no contra la persona de Jesucristo, que ha recomendado todo lo contrario. Jesús, lejos de favorecer la ambición, la anatematizó con estas formales palabras: *Entre vosotros no hay primero ni último; el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir*. Es una mentira sacrilega el decir que autorizó la rapiña. Hay palabras en el Evangelio de las que se puede abusar, pero están sobradamente explicadas con las máximas evangélicas que sólo enseñan la paz y la caridad. No hay un solo pasaje del Evangelio que haya provocado jamás la menor perturbación. Las discordias, las guerras civiles, sólo comenzaron después de las disputas sobre el dogma. Si se hubiera atendido al espíritu de Jesús, el cristianismo habría estado siempre en paz," (1).

Como se ve, Voltaire defiende al cristianismo en medio de combatir á los que han hecho de él el instrumento de dominación y tiranía. Y ¿á quién hay que culpar de esta desviación ó de esta alteración del pensamiento del Cristo? Voltaire dice y repite que la gran culpable es la teología, y entiende por teología los dogmas que reemplazaron á la moral, y la fe en los misterios que ocupó el lugar de la caridad. Y ¡cosa notable! Voltaire en este punto se halla de acuerdo, no solamente con los deístas, sino también con los protestantes avanzados, contemporáneos suyos. Había entre éstos un hombre, el docto y piadoso Semler, de cuya fe sincera jamás se ha dudado, y que tampoco cesa de atacar á los teólogos con el propósito de que la caridad se anteponga á la fe. La filosofía francesa no era, pues, un movimiento aislado ni una enfermedad peculiar de la Francia; tampoco era la inspiración del demonio, como dicen los neos; era la manifestación de una tendencia general cuyo objeto era desnudar al cristianismo de los dogmas teológicos. Si Semler conservó más fe que Voltaire, es porque era protestante y el filósofo francés era católico.

"La religión, dice Voltaire, consiste seguramente en la virtud y no en ese aparejo impertinente de la teología. La moral viene de Dios y es la misma en todas partes; la teología procede de los

hombres, es diferente en cada punto y ridícula en todos; esto se ha dicho muchas veces, y hay que repetirlo á menudo: la impertinencia y el absurdo no pueden constituir una religión. La adoración de un Dios que castiga y que recompensa reúne á todos los hombres, mientras que la detestable teología discutidora los divide. Esa sutil teología es al mismo tiempo el azote más abominable y más absurdo que puede caer sobre la tierra. Las naciones antiguas se contentaban con adorar á sus dioses y no argumentaban; pero nosotros hemos derramado la sangre de nuestros padres durante siglos por causa de sofismas. ¡Ah! ¿qué importa á Dios ni á los hombres que aquél sea *omousios* ó *omoiousios*, que su madre sea *theothocos* ó *jesuthocos*, y que el Espíritu Santo proceda ó no proceda de él? ¡Gran Dios, era necesario odiarse, perseguirse, degollarse por esas incomprensibles quimeras! Desterrad á los teólogos, y el universo quedará tranquilo, por lo menos en materia de religión. Admitidlos, dadles autoridad, y la tierra se verá inundada de sangre. ¿No es el hombre harto desgraciado, sin necesidad de aumentar sus miserias por causa de una religión que debería servir para aliviarlas? Además, el dogma entraña la división, el odio, la atroz discordia, en provincias, en ciudades y en el seno de las familias. ¡Oh virtud, consoladme!," (1).

Voltaire no podía menos de apoderarse de las pequeñeces teológicas para atacar con el ridículo á la teología: "Yo quisiera, dice, que se aboliese la teología por honra siquiera de la razón, porque es harto vergonzoso el haber hecho una ciencia de esa gran locura. Yo bien conozco para qué sirve un cura que reúne limosnas para repartirlas entre los pobres, que consuela á los enfermos y que lleva la paz á las familias; pero ¿queréis decirme para qué sirven los teólogos? ¿Qué bien resultará á la sociedad de averiguar si un ángel es infinito, *secundum quid*, de saber si Escipión ó Catón están condenados por no haber sido cristianos, ni de averiguar la diferencia esencial que hay entre lo categórico y lo sincategórico?... Durante largo tiempo han estado averiguando los teólogos si Dios puede ser cídra ó escarabajo, y si cuando se ha recibido la Eucaristía se puede luego ir al excusado... ¡Quién lo creería! Un majadero, después de haber repetido

(1) *Dios y los hombres*, c. XLIII (*Œuvres*, t. xxx, pág. 332).—*Axiomas*, *Œuvres*, t. xxx, p. 342.

(1) *Le Pyrrhonisme de l'histoire*, c. xxix (t. xxiv, p. 225, 227).

todas las simplezas escolásticas durante dos años, recibe sus cascabeles y su muñeca de ceremonia, y se pavonea y decide; y es esa escuela de Bedlam la que conduce á los honores y á las riquezas," (1).

El reproche mayor y el no menos fundado que Voltaire hace á la teología, es decir, al catolicismo tradicional, es el de que conduce al ateísmo: "Es necesario, hermanos míos, dice, purificar la religión; Europa entera así lo pide, y para ello no hay que empezar por purificar la teología, es menester hacer más, abolirla enteramente. La teología no ha servido nunca más que para trastornar el juicio y algunas veces los Estados. Ella hace los ateos, porque el gran número de pequeños teólogos que han visto lo ridículo de este estudio quimérico lo han despreciado, pero no lo han sabido sustituir por una sana filosofía. La teología, dicen ellos, es, según el significado de la palabra, la *ciencia de Dios*; y como los pícaros que han profanado esta ciencia dan de Dios la idea más absurda, de aquí concluyen que la divinidad es una quimera, porque la teología es quimérica. Es precisamente como decir que ni es necesario tomar quinina en la fiebre, ni guardar dieta en la plétora, ni sangrarse en la apoplejía, porque hay médicos muy ignorantes; es como negar el conocimiento que tenemos del curso de los astros, porque hayan existido los astrólogos; como negar la brillante existencia de la química, porque haya existido la alquimia y sus quiméricos descubrimientos. El vulgo, más ignorante aún que estos teologuillos, dice: Si estos bachilleres y licenciados no creen en Dios, ¿por qué hemos de creer nosotros?," (2).

Voltaire concluye diciendo que la teología, en la religión, es como el veneno en los alimentos (3). Los teólogos dijeron: Hé ahí un enemigo franco del cristianismo. No es, sin embargo, más enemigo del verdadero cristianismo que Semler: "Nuestro dean Swift dice, bajo el pseudónimo de un Inglés, ha escrito un bonito libro en el cual cree haber probado que aún no era tiempo de abolir la religión cristiana; somos de su opinión: es un árbol que por confesión de todo el mundo no ha producido hasta aquí más que frutos de muerte, y sin embargo, no

(1) *Entretenimientos filosóficos*, xxiv sobre la religión (*Œuvres*, t. xxxii, p. 286, 287).

(2) *Entretenimientos*, xxiv (*Œuvres*, t. xxxii, p. 230); *Facétias* (tomo xli, p. 97).

(3) *Pensamientos de Voltaire*, en las *Misceláneas literarias* (*Œuvres*, t. xliii, p. 634).

queremos que se le corte, sino que se le injerte. Nos proponemos conservar de la moral de Jesús todo aquello que es conforme á la razón universal, á la de todos los grandes filósofos de la antigüedad, á la de todos los tiempos y lugares, á la que debe ser el eterno vínculo de todas las sociedades," (1).

Los fanáticos encontrarán que hay hartas reservas en ese elogio de la moral cristiana, si es que es elogio. Todavía está de moda, aun en el mundo filosófico, el hacer de la moral de Cristo un ideal que la humanidad no podría traspasar. ¿Por qué esos filósofos, tan grandes admiradores de los consejos evangélicos, no los practican? ¿Por qué no se hacen frailes? Porque la perfección tan decantada del Evangelio lleva derechamente al monaquismo. Y ¿por ventura se cree hoy día que los que huyen del mundo para entregarse en la soledad al trabajo de una salvación imaginaria son hombres perfectos? Pues si ya no lo creemos, ¿por qué repetir que la moral de Jesucristo es un ideal? Es un falso ideal, puesto que conduce á la destrucción de la sociedad, cuando Dios nos ha creado para ella. Con razón Voltaire hace sus reservas y no acepta la moral cristiana sino á beneficio de inventario: estaba en la senda del porvenir, y acusado como está de ser el enemigo acérrimo del cristianismo, resulta que era su verdadero defensor, porque no hay más que un medio de defenderle y salvarle, y es el de separar de él los elementos transitorios, para atenerse á los principios de eterna verdad.

Voltaire toma la defensa del cristianismo contra los ataques de sus amigos libres pensadores, considerándole como idéntico á la ley de naturaleza. Un corresponsal de Voltaire publicó un libro titulado *El cristianismo al descubierto*; atribuyósele al barón de Holbach; pero, según parece, es de Damilaville. Voltaire le leyó é hizo, como de costumbre, á la margen sus observaciones críticas, algunas de las cuales han sido publicadas (2). No hay nada más característico. En la portada del libro escribe Voltaire que aquél no es el *cristianismo* al descubierto, sino la *impiedad* desnuda. Damilaville acusa de *perversidad* la moral que el cristianismo enseña á los hombres. Voltaire, indignado, escribe: "¿Se puede tratar de perversa la mo-

(1) *Dios y los hombres* (*Œuvres*, t. xxx, p. 331).

(2) *Biografía universal*, palabra Damilaville.

ral enseñada por Jesucristo?», Damilaville, como todos los materialistas del último siglo, no quería de modo alguno que se fundase la moral en Dios. Voltaire responde con su admirable buen sentido: «¿Por qué quitar á los hombres el freno del temor á la divinidad? Todos los filósofos, excepto los epicúreos, han dicho que era necesario ser justos para agradar á Dios.» Damilaville acusa al cristianismo de que hace consistir la religión en prácticas inútiles á la sociedad. Voltaire se encoge de hombros y escribe: «Ese abuso de la religión no es la religión.»

Se acusa á Voltaire de fútil y se le niega el título de filósofo porque no ha escrito obras *ex professo* sobre psicología y sobre lógica. Si nosotros tuviéramos que escoger, daríamos preferencia á las futilidades de Voltaire. Más de una vez hemos citado sus *Chistes ó Caricaturas (Facéties)*; ahora vamos á copiar un pasaje de sus novelas: ¡Dios quiera dar á los filósofos el profundo sentido de la realidad que resplandece en todo lo que sale de la pluma de Voltaire! El barón d'Holbach publicó un libro titulado *El buen sentido*. Voltaire declara que hay en él verdades bien expuestas, pero que están desvirtuadas por un gran defecto: «El autor quiere á todo trance aniquilar al Dios de Scoto, de Alberto, de Buenaventura; al Dios de los ridículos escolásticos y al de los monjes; y advertid que no se atreve á decir una palabra contra el Dios de Sócrates, de Platón, de Epicteto, de Marco Aurelio, contra el Dios de Newton y de Locke y, me atrevería á decirlo, contra el mío; pierde el tiempo declamando contra supersticiones absurdas y abominables á las que todas las personas decentes tienen hoy desprecio y horror, lo cual es como si se escribiese contra la naturaleza, porque la han desfigurado los torbellinos de Descartes; es como si se dijera que no existe el buen gusto, porque la mayor parte de los autores no le tienen. Quien quiera que haya hecho el libro de *El buen sentido*, creyendo haber atacado á Dios, ha incurrido en falta de buen sentido, porque no ha escrito más que contra algunos sacerdotes antiguos y modernos. ¿Cree que ha aniquilado al dueño porque haya dicho que ha estado servido muchas veces por bribones?» (1).

Aun hubo ataques más brutales contra el cristianismo. Desde la edad media, los incrédulos tra-

taron de impostores á los reveladores de las tres grandes religiones que aun existen en el mundo; y durante mucho tiempo se ha creído que existía un libro titulado *Los Tres Impostores*, libro que no se ha llegado jamás á descubrir. En el siglo XVIII apareció con ese mismo título una obra cuyo fondo era digno de la forma; en ella no había ni ciencia ni ingenio, nada más que un grosero ateísmo. Voltaire se tomó el trabajo de refutarla, y lo hizo en verso: la poesía le servía, como la novela, para difundir la verdad, y apostrofa rudamente al autor de aquella rapsodia diciendo:

*«Insipide écrivain, qui crois à tes lecteurs
Crayonner les portraits de tes Trois Imposteurs,
D'où vient que, sans esprit, tu fais le quatrième?» (a).*

Dicho se está que el poeta condena el fanatismo, la hipocresía y la insolencia de los sacerdotes:

*Un prêtre au Capitole où triomphe Pompée!
Des faquins en sandale, excrément des humains!
Trempan dans notre sang leurs détestables mains! (b).*

Voltaire hizo por espacio de cincuenta años la guerra á la superstición y á la impostura que la sirve de pedestal. Pero ¿por eso habrá que calumniar al Cristo y á su doctrina?

*Mais de ce fanatisme ennemi formidable,
J'ai fait adorer Dieu, quand j'ai vaincu le diable.
Je distinguai toujours de la religion
Les malheurs qu'apporta la superstition (c).*

Voltaire opone con justo orgullo sus trabajos á los de los reformadores; éstos no hicieron más que reemplazar unos abusos con otros: condenaban al papa, y hubieran deseado imitarle, y perturbaron el mundo con sus odiosas querellas:

*J'ai dit aux disputants l'un sur l'autre acharnés:
«Cessez, impertinents, cessez, infortunés.
Très sots enfants de Dieu, chérissez-vous en frères,
Et ne vous mordez plus pour d'absurdes chimères» (d).*

Las personas decentes han creído á ese apóstol de la paz; y á pesar de los aullidos de los bribo-

(a) Insipido escritor, que crees delinear para tus lectores los retratos de los Tres Impostores, ¿de qué procede que sin tener talento hagas el cuarto?

(b) ¡Un sacerdote en el Capitolio donde triunfó Pompeyo! ¡Escándalo o de los truhanes, excremento de los humanos, que empanan en nuestra sangre sus detestables manos!

(c) Pero enemigo formidable de ese fanatismo, después de haber vencido al diablo, he hecho adorar á Dios. Yo distinguiré siempre de la religión las desgracias que ha producido la superstición.

(d) Á los que disputaban con el mayor encarnizamiento los he dicho: Dejad, desgraciados, dejad, necios hijos de Dios, dejad ya vuestras luchas, amaos como hermanos y no os despedacéis por absurdas quimeras.

(1) *Historia de Jenny*, c. IX (*Œuvres*, t. XXXIX, p. 311).

nes, la tolerancia ha venido á ser la religión de todas las almas bien nacidas:

*Je vois venir de loin ces temps, ces jours serens,
Où la philosophie éclairant les humains,
Doit les conduire en paix aux pieds du commun maître.
Le fanatisme affreux tremblera d'y paraître;
On aura moins de dogme avec plus de vertu (a).*

¿Qué importa después de esto que los teólogos y los sacerdotes hayan abusado de la religión?

*Corrige le valet, mais respecte le maître;
Dieu ne doit point pâtir des sottises du prêtre,
Reconnaissons ce Dieu, quoique très-mal servi (1) (b).*

¿Habrá todavía que preguntar cuál es la infamia que quiere aplastar Voltaire? Hay ortodoxos que, en medio de su santo celo, quisieran hacer creer que es el cristianismo, que es el Evangelio, que es la misma religión. El cálculo no es malo: espera destruir la autoridad de Voltaire al mismo tiempo que la de la filosofía. Pero ese es otro fraude que hay que añadir á los que se califican de piadosos, y que deberían condenarse como los más criminales de todos, porque manchan la cosa más sagrada con la impostura. Puesto que la calumnia no se cansa de denigrar á Voltaire y con él á la libertad de pensar, es preciso no cansarse en rechazarla; y no tememos fatigar al lector mediante á que es Voltaire quien llevará la palabra para defenderse; y los encantos de su ingenio, lejos de fatigar, no pueden menos de seducir. En el *Banquete del conde de Boulainvilliers* descubre todo su pensamiento como si quisiese disipar dudas acerca del verdadero objeto que se propone en sus incansables luchas.

«Aunque yo haya sido militar, dice el conde, no quiero hacer la guerra á los curas y á los frailes; no quiero hacer triunfar la verdad con la mortandad, como ellos han fundado el error; pero si querría por lo menos, que la verdad iluminase un poco á los hombres para que fuesen más suaves y más felices, para que los pueblos dejasen de ser supersticiosos, y para que los jefes de la Iglesia se arrepintieran de ser perseguidores.» Un abate, como los que había á centenares en el siglo XVIII, in-

(a) Veo venir de lejos mejores tiempos y días serenos, en que la filosofía, ilustrando á los hombres, les conduce en paz á los pies de un mismo Dios, ante el cual huye y temblando el horrible fanatismo: días en que habrá menos dogmas, pero muchas más virtudes.

(1) *Poesías (Œuvres*, t. XI, p. 229).

(b) Corrige al criado, pero respeta al amo: Dios no debe sufrir las necesidades del sacerdote: reconozcamos á ese Dios, aunque esté tan mal servido.

crédulo, aunque viviendo de la credulidad humana, responde al conde que haría muy mal en quitar á insensatos las cadenas que veneran: «Os expondrías á ser apedreados por el pueblo de París, le dice, si en una temporada de excesivas lluvias os opusieras á que salieran por las calles los huesos de Santa Genoveva á fin de alcanzar buen tiempo.» Freret, el docto académico á quien se atribuían los libros más serios publicados contra el cristianismo, responde al abate:

«No creo lo que estás diciendo; la razón ha hecho ya tantos progresos, que hace más de diez años que ya no salen en procesión los pretendidos huesos de Santa Genoveva, y opino que es muy fácil desarraigar por grados todas las supersticiones que nos han embrutecido. Ya no se echan los diablos del cuerpo con exorcismos; y aunque se haya dicho que vuestro Jesús había enviado á sus apóstoles precisamente para echar los diablos, ningún sacerdote es ya entre nosotros tan mentecato que se jacte de echarlos.» En este punto viene el conde en auxilio de Freret y dice: «Dirigid la vista á la parte más rica de la Suiza, á la Holanda, á la Gran Bretaña, al Norte de Alemania y á Escandinavia; todos esos pueblos nos llevan ya ventajas en los progresos de la razón. ¿Por qué no se había de poder hacer en Francia lo que se hace en otras partes?»

El abate acaba por abandonar sus dogmas con las supersticiones, lo cual no obsta, dice, para creer que la filosofía jamás reemplazará al cristianismo: «Aun cuando arrojarais de Francia la bermina de los frailes, aun cuando desaparecieran las ridículas reliquias, y aun cuando se mirase con desprecio la consustanciabilidad, y la Trinidad, y la transubstanciación, para no hablar de otras cosas, aun continuarais siendo cristianos; y en vano queríais ir más allá: eso jamás lo obtendréis; una religión de filósofos no está hecha para los hombres.» Hé aquí á Voltaire con el dedo puesto en la llaga: ¿qué es lo que va á responder? «Os diré con Horacio que vuestro médico no os podrá dar nunca la vista de lince, pero dejad que os quite una nube de vuestros ojos. Estamos abrumados bajo el peso de cien cadenas; dejad que se nos quiten de encima las tres cuartas partes. La palabra cristiano ha prevalecido y subsistirá; pero poco á poco se adorará á Dios solo, sin darle Madre ni Hijo, sin decir que ha muerto en un suplicio infame,